A. E.

TRAED flores de Judea
y ponedlas delante de su cuerpo.
No le matéis. Tened piedad
de aquellos que no pueden ya miraros:
madres y primos regionales,
novias de Hungría y novios de Polonia,
niños judíos de una sola patria,
hermanos todos en la doble culpa
del gancho en la nariz
y de la inteligencia bajo el pelo.
Tened piedad de los que esperan
venganza y libertad desde la sombra.

Nunca olvidéis su nombre, el de su dueño.
Adolfo
de agria leche y caderas de gusano,
Adolfo de la risa crematoria,
Adolfo entre la pólvora y el águila.

Acordaos. Él dormía con la esposa,
jugaba, acariciaba y procreaba.
—Los vuestros, agua corta y pan verdoso—.

Él firmaba despacio las sentencias
con rúbrica elegante como un friso.
—Los vuestros, escribiendo su epitafio
en las paredes de los barracones—.
Él pensaba en el oro de Israel.
—Los vuestros, meditando
sobre las cámaras de gas
y el hueco concedido a la carroña—.

¡Oh pueblo de Jerusalén,
olvida,
olvida que hay misericordia!

No le llevéis atado una mañana
hacia la horca o los fusiles,
porque seréis malditos para siempre.
Traed flores
de los países que él
deshabitó, y dejadlo vivo.
Que vea, renovados cada día,
gladiolos de Alemania sobre el lecho,
tulipanes de Holanda en las ventanas,
azahar de Albania en las bombillas,
mirtos de Grecia por el suelo,
rosas de Francia entre los libros,
violetas de Austria en el evacuatorio.
Que muera lentamente y con saliva
delante de las flores de Judea,
envenenado de mirar y oler
sangre que ayer fué barro y hoy es gracia,
rabioso como un perro desterrado
de algún planeta donde
crece dentro del fuego la serpiente.

¡Niños judíos,
traed flores para Adolfo Eichmann!



MANUEL MANTERO